
LA CRISIS Y LA POLÍTICA MODERNA

*Joaquín Fernandois Huerta**
Pontificia Universidad Católica de Chile

A la luz del ensayo de Héctor Herrera, «El sentido de la crisis en Occidente», el artículo intenta mostrar la aplicación que la interpretación de la historia occidental de Héctor Herrera puede tener para comprender la potencialidad y alcances de la política moderna.

Palabras claves: Occidente, crisis, política moderna, historia



THE CRISIS AND THE MODERN POLICY

Based on Hector Herrera's essay, «El sentido de la Crisis en Occidente», this article intends to show the application that Herrera's interpretation of the Western History could have, in order to understand the potentiality and meaning of modern politics.

Key Words: Western civilization, crisis, modern politics, history

* E-mail: jfermand@uc.cl

Preferencias sobre el orden político

AUNQUE ERAN MUCHAS LAS AFINIDADES electivas que en lo intelectual me unían a don Héctor Herrera, a partir de un momento, vinculado con la «crisis nacional» en Chile a comienzos de los 1970, diferíamos sobre lo que se podría llamar las preferencias por un «orden político». Si bien él no era dogmático en su apreciación de la vida pública cotidiana, compartía el sueño de muchos «restauradores», la nostalgia por un sistema político y social que devolviera la unidad espiritual y cultural que se había roto en Occidente. Esto tiene más de un aspecto curioso. El estudioso y amante de Bizancio admiraba una cultura que había roto con Roma; y el Occidente cristiano se había dividido de manera terrible en el siglo XVI, precisamente en torno a la cuestión de quién representaba el espíritu evangélico. Antes de la ruptura del mundo cristiano, el sistema romano-católico, había un edificio precario en el mejor de los casos, con el lento desmoronamiento de Roma entre los siglos IV y V; con la fortaleza pasajera y limitada en el espacio del imperio de Carlomagno. El centro de la civilización se encontraba en otra parte, y don Héctor no puso su mirada preferencial en el mundo franco, sino que en un sistema más complejo, aunque con menos futuro, el imperio de Oriente.

Su idea de Occidente se orientaba al orbe todavía reunido, antes del cisma de 1054 DC., un sueño imperial que uniría la sabiduría romana con la herencia de la Revelación. Ese era su gran horizonte político, tomado este adjetivo en un sentido amplio, de orden social y cultural, vinculado finalmente a un fundamento espiritual interpretado por la Iglesia romana. Sabemos que era un mundo vacilante, violento, en donde sus ejemplos excelsos estaban marcados por la extrema fragilidad.

Como elemento regulador de la conciencia de nuestra época, esta perspectiva de orientación posee iluminación. Por otro lado, me parece que en esta visión había un tanto de mirada nostálgica, algo idealizadora. Ha habido experiencia de sobra a lo largo del siglo XX hasta estos momentos, de que la nostalgia de pasado que se transforma en voluntad política absoluta, retuerce los anhelos más sublimes, traiciona los propósitos más nobles. Sin embargo, en los años en que inicié mis conversaciones regulares con él, entre 1969 y 1970, muchas nubes se cernían sobre nuestro país. Era tentador confrontar los desafíos de la época, con el propósito de desarrollar la idea de que a un salto en nombre de la totalidad, como lo era en la época del apogeo del atractivo del marxismo, se debía entregar una respuesta que no fuera menos total, y que tuviera como horizonte de valores una de las grandes construccio-

nes de la historia que se iniciaba con el mundo helénico. Occidente constituía su herencia y su fruto más característico era la idea imperial, aunque ello suponía algo así como un sistema César-papista, no un orden teocrático, si es que interpreto bien el pensamiento de don Héctor. Todo esto implicaba ver al Occidente moderno o, si se quiere, la modernidad a secas, como una suerte de decadencia a partir de la unidad perdida.

(Ello hacía que don Héctor en cierto sentido tuviera una perspectiva política que se podría llamar «conservadora», aunque desde luego esto no agota su mirada al orden político. «Tradicionalista» sería una caracterización todavía mejor. Tampoco podría definirse esta perspectiva como de «derecha»; esto le hubiera molestado, al igual que a su profesor, contertulio y amigo, Mario Góngora. Ambos eran puntillosos en este aspecto. Por mi parte, añadiría que si la derecha se despoja de todo tinte conservador, es inevitable que se arroje a la tentación nihilista).

En esos años yo recién me adentraba en las lecturas que me llevarían a compartir una definición un tanto distinta de Occidente y de la modernidad. Estos los llegué a ver más bien como un tipo de civilización con los problemas de toda construcción histórica, pero no menos prometedora y compleja que las primeras fases del proceso occidental. El espíritu del liberalismo es uno de sus rostros más acusados, aunque no define el todo de su realidad, ni tampoco implica una manifestación liberal en cada uno de sus campos existenciales. La modernidad era tan parte de Occidente como su tradición espiritual o los ideales políticos pre-modernos. Una de las críticas que produce el sistema político moderno (occidental), desde una perspectiva tradicionalista, es que las decisiones de valores se deciden en un libre juego de intercambio o de poder.

La respuesta que puede provocar este alcance, es que en el plano de la realidad existencial es imposible acceder a una posición vital de verdad en sí misma, sobre todo en el orden político y en el plano de las decisiones públicas. La orientación hacia la verdad, su vislumbre como polo magnético, puede emerger como un horizonte. Si se la identifica con un sistema de organización de los seres humanos, lo que sucede en realidad es el establecimiento del reino del Príncipe de este Mundo. A decir verdad, la visión concreta de don Héctor en muchos de sus juicios acerca del mundo histórico que le tocó vivir, estaba teñido por un sentido de lo práctico que atemperaba la pasión por el orden a edificarse de las manos de un *Basileus* moderno.

Noción de crisis

Existe, sin embargo, un escrito suyo, de lo más brillante que surgió de su pluma inspirada, y que debería estar en toda antología de «pensamiento chileno», donde establece una mirada a la historia que es perfectamente coherente con el espíritu del orden político moderno. Se trata de «El sentido de la crisis en Occidente»¹. Su tesis podría resumirse del modo que sigue. El descubrimiento de la historia por los griegos, creó la noción de «crisis» como un

¹ En HERRERA, H., *Dimensiones de la responsabilidad educacional* Santiago: UMCE, Universitaria, 1988. Original, *Academia*, 8, 1983.

componente inescapable de la historia humana. Desde este momento-eje, la experiencia de la historia está sumida en la confrontación de sucesivas crisis; al asumirlas, el ser humano puede extraer una fuerza para ofrecer una vía de escape a la crisis, que sea al mismo tiempo una fuente de creación cultural que construya el cimiento de toda una época. Esto ha sucedido desde su origen en los griegos, en cuanto «capacidad de inquirir, para cuestionar, para preguntar, en suma para *criticar*». Con esta actitud los griegos «provocaron profundas conmociones espirituales a su realidad histórica, haciendo posible que el hombre alcanzase conciencia de su historicidad».

En la historia de Occidente, la crisis es un plantearse ante momentos recurrentes, de manera que el vivir en crisis es un modo casi natural de desarrollarse de la existencia histórica: lo importante es que la crisis en Occidente no significa caos y derrumbe;

sino que permite templar el alma del hombre de Occidente, al acostumbrarlo a vivir en esta situación tensa, y dramática; al exigirlo, lo ha ido cultivando en el sentido de la responsabilidad histórica para que, en cada momento, con el máximo ingenio, con la mayor imaginación y esfuerzo, resuelva su porvenir².

Es aquí donde esta consideración la podemos tomar para entender una lógica de la política moderna, en la tradición antes descrita, que acoge algo del espíritu del liberalismo, aunque no necesariamente identificada con la ideología liberal en todas sus dimensiones. Los modernos sistemas políticos que se originan el siglo XVIII introducen la experiencia de la crisis al interior de la competencia de poder, atenuándola en la atmósfera de la «sociedad discutidora». Quizás se repite el esquema de civilización que se produjo cuando la violencia gratuita entre contendores se transformó (o sublimó) en «duelo». Como todas las ganancias del proceso de civilización, tiene resultados ambiguos, y no pocas veces catastróficos. No asumir el reto de la sociedad discutidora en lo político, también evoca otro tipo de catástrofes. La civilización moderna ha dependido en gran medida de la maduración de este proceso para garantizar la supervivencia.

La falsa superación de la crisis

El concepto de crisis desarrollado por don Héctor Herrera es coherente con esta sublimación de la misma en la política moderna. Es un delicado equilibrio de contrarios, que se parece al mercado pero que puede precipitarse a lo autodestructivo, desembocar en grandes momentos políticos, o caer en la inocuidad y en la inercia. Lo fundamental, es que las definiciones del ser humano en la existencia histórica constituyen una empresa cotidiana. En cada uno de sus actores se ha interiorizado la noción de que las decisiones incesantes competen a un ámbito de contradicción de valores y de elección entre ellos. Incluso, «el vivir en crisis» le es sano hasta cierto punto. Ayuda a comprender el compromiso de valor

² *Ibidem*, p. 72.

de un debate determinado; a veces puede ser que se intercambien los papeles, y el tema de división esté exagerado, dramatizado en aras de la hojarasca retórica, y no de un verdadero lenguaje acerca de lo esencial. Desdramatizar es una de las respuestas políticas ante la crisis, y puede alimentar de manera vivificadora una gran acción pública.

Con todo, casi siempre en los debates y en las decisiones el hombre posee la potencia para orientar el lenguaje de la política hacia el horizonte de la crisis. Lo distintivo de la historia de Occidente, dice don Héctor, es que «pareciera que la crisis significa un plantearse ante normas establecidas, a principios consagrados, a tradiciones al parecer intangibles». Orientar la existencia histórica hacia la crisis manifiesta, o aquella latente, constituyen desde esta perspectiva un enriquecimiento del horizonte vital, aunque para ello haya que transitar por un desfiladero abismal.

Es posible que en nuestros días las crisis adquieran otro rostro, pues siempre se multiplican como monstruo de mil cabezas. La crisis puede presentarse bajo la falsa apariencia de superación de la crisis, como era acrítica, siempre que no se entienda «crítica» de manera convencional, según nos advierte el mismo autor. Esto último sería largo tratarlo aquí. El «malestar con la política», la desafección con la esfera pública, un fenómeno que se supone propio a la presunta era «post-ideológica» podrían ser algunas de sus fuentes. Desde el momento en que los dilemas de valores dejan de residir en la aproximación del ser humano ante su dimensión pública, la trayectoria de Occidente y, fatalmente del mundo que bajo su oleaje experimentó lo moderno, asoma a un quiebre de su relación con la historia. ¿Será el fin de la conciencia histórica o la ocasión de «responder» a otra «crisis» que nos arroja el paso del tiempo a partir de la experiencia helénica?